

Erronkari⁽¹⁾ es el valle más montañoso y oriental de Euskalerría

POR JUAN MARIA FELIU DORD

Cuando, camino de Erronkari, se detiene el viajero en el Alto de las Coronas, el paisaje del valle sobrecoje por su adusta grandeza. Es un tumulto de barrancos fragosos y montes erizados de abetos y hayas, al fondo de los cuales, como un telón puesto en la raya del horizonte, las crestas insolentes de la cordillera pirenaica se recortan contra el cielo de Zuberoa y Francia, como las muelas de una quijada descomunal.

A diferencia del paisaje verde, dulzón y femenino del valle de Baztán, el de Erronkari es un paisaje netamente pirenaico, áspero y varonil. Las cumbres de esta parte del Pirineo son las más altas de Navarra y de toda Euskalerría, y los montes, cuajados de arbolado hasta la mayor parte de sus cumbres, son montes foscos y salvajes, en cuya pavorosa soledad sólo se escucha el golpe seco de la aizkora (hacha), el cencerro de una vaca extraviada o el estruendo de un árbol que se abate, tronchado sobre la selva.

Por sus profundas barrancadas, el río Ezka y los torrentes que lo acrecen escurren sobre lechos de roca viva, entre pálidas foces y gargantas espeluznantes. Y los siete pueblos que componen el valle más oriental de la tierra de los vascos: Burgui, Bidangotze, Erronkari, Garde, Urzainki, Izaba y Uztarrotze, son pueblos negros y blancos, pastoriles y madereros, de iglesias chatas con robustez de fortalezas y viviendas de piedra oscura, con tejados de color sangre y de pizarra con recias y redondas chimeneas.

En esta rinconada de clima riguroso, donde el terreno apenas si produce más que árboles y pastos, vive un pueblo sufrido y frugal de pastores y madereros, al

(1) Equivalentes de algunos toponímicos:

ERRONKARI = RONCAL
NABARRA = NAVARRA
BIDANGOTZE = VIDANGOZ
USTARROTZE = USTARROZ
SANGOTZA = SANGÜESA
SARAITZU = SALAZAR
ZUBEROA = SOULE (en Fr.)
BURGI = BURGUI
URZAINKI = URZAINQUI
IZABA = ISABA
LIZARRA = ESTELLA

que hace tres centurias calificó el P. Moret de «gente fuerte y robusta, ejercitada en armas y criada en la aspereza mayor del Pirineo, de ánimo denodado, preciado de nobleza y amigo de la honra».

Pastores que elaboran el exquisito queso que ha dado fama al Valle y que en otoño emigran con sus miles y miles de ovejas desde las bordas de Belagua hasta la parda inmensidad de la Bardena.

Y almadieros valientes, que hasta hace pocos años se jugaban la vida en invierno, conduciendo sus balsas ligadas con ramajes de avellano a través de las foces del Ezka y de las presas del Aragón y el Ebro han dado gran popularidad a este montañoso rincón de nuestro suelo.

El Valle de Erronkari, de nobleza antiquísima, es el más reciamente navarro de los de la montaña y el que mejor ha conservado la tradición. Sus pueblos forman una comunidad que administra el disfrute de sus montes y pastos con arreglo a ordenanzas inmemoriales. Anualmente, y desde hace ya más de seis siglos, sus diputados —de calzón y sombrero, aguarina de paño y valona de lino— ascienden a la famosa muga de la Piedra de San Martín, a recibir de los del valle de Baretons el tributo de las tres vacas, ceremonia de paz entre ambos territoriales. Aún quedan en Bidangotze y en Uztarrotze viejas trenzas y justillo que retuercen la lana en sus ruecas antiguas, que recuerdan los pasos del ingurutxo y conserva el euskera más ancestral de Vasconia. Y las mozas del Valle, descendientes de aquellas heroínas, que, según la historia dieron muerte a un caudillo musulmán, siguen vistiendo en fiestas el traje típico del Valle —corpiño con galones de seda y brocados de plata, refajo rojo de ribete azul cielo y mantilla de rojo carmesí—, que es el más señorial y vistoso del folklore vasco.

En las largas jornadas del invierno, la vida se remansa en el sukalde (cocina) donde las viejas etxekoandres (amas de casa) adormecen a sus nietos con historias de fieras salvajes y de brujas.

Pero cuando la nieve se derrita en los montes y florezcan los lirios y violetas del bosque, la riada blanca e interminable de los miles y miles de ovejas que invernaron en la Bardena volverá a serpentear por las cañadas y los desfiladeros con un sonar alegre de esquilonos, de las famosas trucas forales y cencerros de cobre. Y cantarán los buenos mozos en su lengua nativa en Izaba:

ERRONKARI TXORIÑO

*Urratzi'en tartetan
abia izarturik,
txoria duk katetan,
Dedatsia sarturik.*

*Zer egun epel duk, txoriñotxo,
zeuri dundupean!
Magal xabalik —goixa da gosho—
txori ñabarra xoan-xitan.*

PAJARILLO RONCALES

*Entrada ya la primavera y puesto el
nido entre los avellanos, canta y canta
el pajarillo.*

*Y es tan grata la mañana, que el
pintado pajarillo, abiertas —anchas—
las alas, va y viene, y va.*

Gore Bedatsia lasterka doa
eta unrustoian ¡bai, zer onki!

Ay, txoriñoa,
Negu gorrian, ¿nora yoa yi?
—Eltan denian Einzlari Xuria,
bertze lurretara xoaitan txoria.

Erronkari lerrojetan
argia, ullunik...
bigotzak, elurretan...
Keben, zer otz betik!

Gore uskara —txori gaxoa—
abi bellorik erden ezik,
otzez daldaldar erraitan doa:
—Erkin beino len, nai dur olik!
Erronkari guziaren txoriak
ekunen tei bero ta argia
urrin, ko bazterretan.
Baia Uskara ene—gaxoa—,
Kain otzagtik, iltra bayoa
Deusez, aren eskietan.
Ez il kain fite; sart-adi kan
—texeño baduz-bigotz batean.

(Letra del P. Marcelino Garde)

Nuestra primavera pasa muy pronto,
y ¡qué bien se está en el avellanar!
Pero en el crudo invierno, di —pajarillo—
¿a dónde irás?

A otras tierras se va el pájaro cuando
llega el blanco cazador.

En el pinar roncalés la luz está os-
curecida; los corazones, cubiertos de
nieve.

¡Qué frío hace siempre aquí!

Nuestro Uskara —vascuence— pobre
pajarillo, no pudiendo encontrar nido
abrigado, tembloroso de frío, anda di-
ciendo:

—Antes que marchar prefiero morir!
Todos los pájaros del Roncal tendrán
calor y luz en lejanos parajes.

Pero tú, Uskara —pobrico mio—, con
tanto frío vas a morir en las manos de
la nada.

—No mueras tan pronto; entra antes
allá— ya tienes casita en un corazón...

SITUEMONOS...

Navarra, la hermana mayor del conjunto del «Zazpiak-bat», es sin duda, una de las regiones de más acusada personalidad; quizá la que conserva más vivo lo que podríamos llamar un patriotismo local.

Sin embargo, esta personalidad unitaria es en Nabarra una de las más señaladas victorias de la cultura, de la historia vivida en común, del espíritu; en definitiva, sobre los factores puramente naturales, sean geográficos, raciales, climáticos... Nabarra es cerca del millar de años de historia en común a lo largo de la Edad Media. Pero Nabarra no constituye eso que los geógrafos llaman «una región natural» ni posee una base racial uniforme; antes bien, reúne elementos de suelo y de población, más que heterogéneos, encontrados. Ni aun siquiera halamos en ella unidad lingüística ni de carácter.

Quien se encuentra en Lekunberri, en Leitza o en la regata del Bidasoa, en cualquiera de los valles occidentales de sus montañas, creará hallarse en lo más cerrado y típico del País Vasco, y, efectivamente, lo estará. El monte Aralar o

PYRENAICA

de San Miguel Excelsis, centro espiritual de todos los vascos, se encuentra precisamente en Navarra. Quien en cambio, camine por la Ribera del Ebro, por sus fértiles y polvorientos campos, entre viñedos y olivos, creará encontrarse en Aragón, y oirá, en efecto, una de las modalidades más típicas y raíces de la jota, la jota navarra. Ambos mundos, el montañés grave y concentrado, y el ribero vehemente y alegre, se funden y complementan en las bulliciosas fiestas de la capital del viejo reino vascón.

La Ribera y la montaña no se contraponen, sin embargo, con una divisoria tajante y precisa. Entre una y otra se sitúa una llamada zona media, quizá la más característicamente navarra, que se extiende en sesgo a lo largo de todo su suelo. Zona Media es Lizarra, la capital del Ega y su comarca, que enlaza con la llamada Iruñerri o cuenca de Pamplona; zona media es también, prolongada hacia oriente, la región de Aoiz, Iruñerri y Sangotza, que va a hundirse después por el valle de Salazar en el Pirineo. Zona originariamente vasca, pero romanizada en parte desde hace muchos siglos, gentes de un carácter que promedia y resume las virtudes y defectos de riberos y montañeses.

Pero con esta trisección de Navarra en montaña, ribera y zona media no se agota tampoco todo su suelo. Más allá del valle de Salazar, en lo más alto y fragoso del Pirineo Navarro, en un ángulo lindante con Zuberóa, Francia y con Aragón y separado de la Ribera por una gran zona aragonesa que linda con Sangotza con lo que hemos llamado zona media, se encuentra una comarca con características propias que no coinciden con ninguna de las tres zonas del mapa navarro; esto es, precisamente, el Valle de Erronkari.

Burgui, primer pueblo del Valle de Roncal.

(Foto J. San Martín)



Para pasar a este Valle sin salir de la provincia, es preciso trasponer el alto y difícil puerto de las Coronas, que lo separa del Valle de Salazar; y si se quiere entrar en él remontando sus aguas desde la desembocadura, junto a Venta Karrika, hay que atravesar una zona de la cuenca fluvial del Aragón y de la montaña aragonesa. El nombre del «Valle», así, con mayúscula, no es un concepto geográfico, pues aunque el Valle de Erronkari sea geográficamente el valle del río Ezka, no es todo el valle de este río, ya que éste se interna después en Aragón, donde riega varios pueblos que no son ronkaleses. «Valle» es, en la división administrativa de Navarra, una denominación política. Y el Valle de Erronkari es, en su propia definición, «un cuerpo solar, compuesto de siete villas o pueblos, de unos 150 vecinos (o familias) cada uno, que constituyen su comunidad».

Así aislado, y formando una cerrada comunidad política, el Valle de Erronkari mantuvo a través de los siglos una personalidad fuerte y característica, con una historia propia y hasta cierto punto independiente. Así, por ejemplo, dice su ejecutoria: «Aunque el Valle de Erronkari es miembro del reino de Navarra, cuando éste se entregó a la majestad del señor rey don Fernando de Castilla y se otorgó la capitulación general de vasallaje con los diputados de todo el reino, no obstante, considerando al Valle de Erronkari brazo poderoso y fuerte por sí para la defensa de su rey y señor natural, se le precisó, para que otorgase sus poderes para capitular separadamente su fidelidad a la majestad católica, como así lo hizo con el duque de Alba, general de las tropas castellanas que invadieron a Navarra en el año 1512». «Así también, en la guerra de 1793 contra la Revolución Francesa, el Valle de Erronkari defendió sus fronteras a las órdenes de su alcalde mayor y «Capitán a Guerra», operando entre el cuerpo de ejército de Navarra, que mandaba el general Caro, y el de Aragón, que mandaba Castellfranco».

A pesar del tiempo y de las vicisitudes políticas, tan poco propicias a las diferencias locales, esta personalidad colectiva ha sido mantenida por Erronkari hasta nuestros mismos días. La Junta General del Valle, a la que pertenecen la mayor parte de los inmensos bosques de su suelo, se administra por sí misma, sin rendir cuenta a ningún poder superior, ni aún a la Diputación Foral de Navarra. Goza así el Valle de una independencia dentro del mismo Fuero de Navarra, lo que hace de él el Valle pirenaico más autónomo después del de Andorra. Esta autonomía, que ha corrido siempre paralela a su espíritu público y su voluntariedad en defender la patria común, hace de este Valle el mejor ejemplo vivo de lo que serían los pueblos de Euskalerría en el Siglo de Oro, tan reciamente diferentes entre sí, tan celosos de su propio fuero, pero tan unidos en la misma fe y bajo la misma corona del reino vascón.

AHORA, VEAMOS SU PAISAJE...

El viajero que por primera vez penetra en el Valle ascendiendo aguas arriba desde su desembocadura, tiene la impresión, en cada curva del camino, de que su viaje va a terminar allí mismo, que aquella carretera morirá bruscamente frente a una maciza e impenetrable muralla de piedra. La noche se adelanta varias horas en el fondo de aquellas gargantas y la carretera, en la peña y el abismo del río, se pliega a las sinuosidades del Valle, siempre amenazada por



los tremendos bloques de piedra, que, medio desgajados, parecen dispuestos a desplomarse sobre ella. Y abajo, en medio del río, que hierve clarísimo en su lecho de piedra, enormes rocas sueltas confirman la amenaza.

El panorama va cambiando insensiblemente a medida que se remonta el Valle. La seca fragosidad de las primeras foces o desfiladeros se va iluminando en perspectivas más amplias, que rematan los agudos picos del Pirineo, cuyas cumbres se pierden tantas veces entre las apretadas nubes de invierno. La vegetación es también más jugosa y tupida. Las primeras masas oscuras de pinos y abetos alternan con verdes prados salpicados de espesas matas de boj. De todas partes descienden, a menudo en blancas cascadas, arroyos de clarísimas aguas, cuyo cauce de piedra desnuda alberga las más finas y sabrosas truchas de esta parte del Pirineo.

Hemos atravesado el pueblo de Erronkari, centro del Valle, con su conjunto de casas blasonadas, de piedra negra, superpuestas en empinada cuesta que corona una iglesia que bien pudiera servir de fortaleza; la carretera continúa ascendiendo suavemente entre el macizo de Kakueta (Santa Bárbara 1571 m.) y las abruptas pendientes del Bedaginpikoa, pico de la Bruja (bedagina en el más primitivo vascuence).

Todavía dos recodos del camino en los que los pinos destacan rotundamente sus oscuras siluetas sobre la blancura luminosa de las puntiagudas rocas que con ellos se entremezclan a la orilla del río. Y ya a la vista, entre dos aristas del desfiladero, el pueblo de Izaba, elevado sobre una colina, con su viejo caserío de piedra, de agudos tejados, precedida de blancas casas en la carretera. Aquí el escenario adquiere mayor amplitud, y el gran panorama de bosques y prados rematado por la caliza blanquísima de los picos nos hace sentirnos en medio de un inmenso jardín. A nuestra derecha, el escenario se cierra con la Peña de Ezkaurre (2.047 m.), uno de los picos más espectaculares del Pirineo Occidental, que eleva sus dos mil metros en una talla gigantesca de aristas en roca extraordinariamente erosionada, como un inmenso castillo de hadas; hacia la izquierda, las peñas de Ardebidegeinea inician la barrancada lateral que conduce a Uztarrotze, el pueblo tantas veces pintado por Sorolla, donde se inicia la pintoresca carretera que salvando el puerto de Laza (1.086 m.), en las faldas del pico de Ori (2.018 m.), une con Itzaltzu en el Valle de Saraitzu (Salazar).

Pero el nervio central del Valle se prolonga desde Izaba por las Ateas de Belagua hacia la divisoria del Pirineo que no dista más que 16 kilómetros hasta el fondo del Valle de Belagoa.

El turista, después de recoger en los 18 kilómetros que median entre Burqui e Izaba todas las impresiones de colorido, variedad y paisaje y grandiosidad escénica que un tan corto espacio puede ofrecer, suele remontarse por la estrecha y zigzagueante carretera de Belagoa hasta el llano de este nombre, especie de cubeta o circo final del Valle, un inmenso anfiteatro de montañas que constituyen al mismo tiempo el nervio principal de la cordillera pirenaica. En esta zona, mucho más verde y húmeda de limpia y transparente atmósfera, el pino ha cedido su puesto al haya, que forma en las faldas de estos picos selvas inmensas, todavía inexplotadas, en cuyo interior, apenas traspasado por los rayos del sol, las hojas de siglos incontables forman un profundo lecho que cede al paso del hombre, a veces hasta su rodilla,

En el punto donde se inició hace pocos años la nueva carretera que unirá probablemente este año, a través de la famosa muga 262 y las pistas francesas del complejo de Arlas, con Areta, junto la antiquísima ermita de Nuestra Señora de Arrako, un muro de altas montañas se eleva cercano y altivo ante nosotros. Son la Lakartzela (1.928 m.), Binbalet (1.753 m.) y Lakora (1.867 m.). Sus cumbres, y los no lejanos puertos que las separan; Arrakogoiti y Eraize, forman los límites con la provincia hermana de Zuberoa. Más hacia oriente, la línea de altas cimas se aleja, ganando altura y fragosidad, hacia el luminoso «rincón de Belagoa», cuyos múltiples planos, tallados ya en la dura desnudez de la piedra, se extienden desde los blancos y fantasmales parajes de Larra hasta la altiva Iru Errege Maya (Mesa de los Tres Reyes), de 2.434 m., cumbre máxima de Euskalerría, que sirve de fondo último, ocultando tras su masa el ingente pico de Anie ya dentro del Bearne de 2.504 metros.

Ascendamos un poco hacia estos puertos, aunque sea con la imaginación y el recuerdo.

Trasponemos también la Venta de Arrakogoiti, llamada también de Juan Pito; atravesamos un ángulo de la espesa selva, entre la solemnidad sombría de las altas y corpulentas hayas, y salimos a una última zona, desprovista de toda vegetación, que no sean los finísimos pastos de la alta montaña, por donde serpentea la nueva carretera cambiando el carácter que hasta hace poco tiempo poseían estos parajes. Aún, en estos parajes, en que se siente ya el viento y la impaciencia de las cumbres próximas, reina un silencio impresionante, alterado sólo por el rumor de esquilas de ganados esparcidos quizá a varios kilómetros de distancia. La mayor parte de los días del año una niebla espesísima —la boira de los puertos— se agarra plomiza y atenuadamente a estos macizos pirenaicos, haciendo imposible el camino a quien no sea experto conocedor del terreno. Dentro de ella, todo —cosas y ruidos—, adquieren una apariencia fantasmal, y el frío de una llovizna insensible deja pronto transido el cuerpo.

Coronada esta última parte, se abre ante nosotros, ya en el puerto de Eraize, fin de tránsito de vehículos en la nueva carretera, la visión de la otra vertiente. Pocos espectáculos más impresionantes, creo yo, puede ofrecer la Naturaleza al espectador, porque quizá en ninguna parte se tenga más vivamente la extraña sensación de encontrarse a caballo entre dos mundos.

El Pirineo es como una inmensa ola que, avanzando desde el Sur hacia el Norte, se petrificó en el momento de romper. El extenso y variado escalonamiento de cumbres en la parte de acá semeja su lenta curva ascensional. Y bajo la abrupta y cortada cumbre rompiente, un descenso violento, rápido, sin obstáculos, hasta la cercana llanura a un nivel muy inferior a aquel del que había partido.

Desde este lugar, mirando hacia el norte, se da muy frecuentemente el espectáculo sorprendente de que, bajo cielo totalmente limpio de un cielo estival en Nabarra, se extiende a nuestros pies, en la vertiente de Zuberoa, un inmenso mar de nubes blanquísimas, iluminadas por el sol, de las que sólo emerge la oscura punta de algunos picos de las estribaciones de la cordillera. Creo que en pocos puntos de divisoria podrá gozarse de esta visión impresionante con tanta frecuencia y en tal radical contraste.

Siguiendo hacia oriente la línea divisoria de cumbres nos adentramos, como he dicho, en los impresionantes parajes kársticos de Larra, desierto de rocas des-



La parte alta del valle de Belagua. Al fondo las cumbres de Budoguía y La Paquiza de Linzola.

(Foto J. San Martín)

nudas y resquebrajadas, donde no brota más vida que la de algunos extraños y resecos pinos, que prodigiosamente extraen su savia de los intersticios de aquellas rocas. Pinos que, para acentuar el desolado aspecto del paisaje, se ven muchas veces carbonizados por el rayo o los hielos.

Larra es, además, un encaje gigantesco de simas y grietas abismales: el terreno más prometedor para la exploración espeleológica. En su límite NE., se halla el paso de Ernaz o de la Piedra de San Martín, que comunica el Valle de Erronkari con el francés de Baretons, en el Bearne, puerto donde se celebran los trece de julio de todos los años el popular pacto «PAX AVANT». En las inmediaciones de la tradicional muga se encuentra enclavada la mundialmente famosa sima de San Martín, hoy por hoy, récord del mundo de profundidad, cuya vertical de entrada mide 365 metros.

El año 1951 la descubrió para la ciencia espeleológica Georges Lpineux. En la expedición del siguiente año murió Marcel Loubens en un accidente causado por una anomalía en el sistema de sujeción con el cable del tornoelevador que le sustentaba. En posteriores expediciones, en 1953, 54, 57, 58 y a partir del 60 todos los años hasta el momento se ha explorado el curso de un caudaloso río subterráneo, varios lagos de cierta consideración, inmensas salas. Las exploraciones se han visto entorpecidas por el frío, la humedad, el viento helado que corre por la superficie de las aguas subterráneas, los hielos y otros aspectos que han motivado que la lucha de estos científico-deportistas haya sido titánica y descomunal.

Se calcula para los colectores hidrológicos de Larra una capacidad de nivel de 100 millones de metros cúbicos anuales. Hasta la fecha sólo se han descu-

PYRENAICA

bierto resurgencias por 20 millones de metros cúbicos. El gigantesco almacenamiento de nieve invernal y lluvias alimenta una verdadera red hidrográfica subterránea que se filtra hacia Zuberoa y Bearne aún por descubrir.

A partir de la muga 262 y del pico de Arlas, que le es inmediato, la línea divisoria describe una gran curva hacia el sur, para recuperar más adelante su dirección primitiva oeste-este. En estos confines, casi inaccesibles paraíso de los espeleólogos, científicos naturales y montañeros, se alzan a dos mil quinientos metros las masas inmensas del Pico de Anie y de Iru Errege Maya, en cuyos desolados parajes de los más abruptos y remotos de todo el Pirineo, brincan en plena libertad y sin hostigamiento los esbeltos Sarrios y hallan su refugio las últimas especies del oso pirenaico, que tantas veces caen a través de las espesas selvas, sobre los ganados lanares de una y otra vertiente. Estas últimas cumbres del Valle, desde Anie hasta las agujas de Ansabere o Petretxema, limitan con el valle francés de Axpe, ruta del ferrocarril Canfranc-Pau, cuyos pueblos se divisan ahora microscópicos a dos mil metros de profundidad, casi a plomo de nuestros pies, en el fondo verdísimo valle de Ansabe. Desde Lescun, el más cercano de ellos, el circo de estos inmensos picos ofrece uno de los panoramas más impresionantes, donde las montañas que forman el límite Este de la vieja Euskalerría, parecen estar colgadas del cielo en un intento de frenar al invasor.